



EL HUMANISMO TEOLÓGICO DE  
SANTO TOMÁS

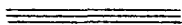
POR  
FRAY ÁLVARO HUERGA TERUELO O.P.

---

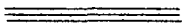
LECCIÓN MAGISTRAL  
FESTIVIDAD DE  
SANTO TOMÁS DE AQUINO  
MADRID 28 DE ENERO DE 1999

EL HUMANISMO TEOLÓGICO DE  
SANTO TOMÁS

POR  
FRAY ÁLVARO HUERGA TERUELLO O.P.



PRESENTACION  
SERGIO RABADE ROMEO



PALABRAS DE CLAUSURA  
JOSÉ T. RAGA

PRESENTACION

---

---

**SERGIO RABADE ROMEO**

CATEDRATICO DE METAFISICA

EX RECTOR DE LA UNIVERSIDAD SAN PABLO - CEU

## PRESENTACIÓN

Nos convoca hoy aquí la celebración de santo Tomás. Y no nos sentimos convocados sólo para celebrar al santo que ejerce el patrocinio de la enseñanza, sino que debemos sentirnos muy especialmente convocados como miembros de una universidad que se proclama asentada sobre los fundamentos del humanismo cristiano. En coherencia con estas premisas, el profesor Álvaro Huerga dictará su conferencia sobre **El humanismo teológico de santo Tomás**.

Alguien podría pensar que hablar de humanismo es hablar de algo ajeno al estilo de la cultura y del pensar medieval. Se nos ha habituado a creer que el humanismo nace en y con el —así llamado— humanismo renacentista. Y esto es sólo una verdad a medias. Ciertamente que es en ese momento cultural cuando se produce el paso de una cultura teocéntrica como la medieval a una cultura que, desde entonces hasta nosotros, se va a caracterizar por el antropocentrismo. Pero ese humanismo renacentista es, básicamente, un humanismo de formas literarias y artísticas, aunque tampoco estén ausentes perspectivas más profundas en referencia, por ejemplo, a la dignidad del hombre o a la

naturaleza del alma del hombre, como puede ser el caso de Pomponaz o de Gómez Pereira entre nosotros.

Pero el humanismo está muy lejos de ser una novedad. Tiene claros e importantes antecedentes en el pensamiento medieval. Prescindiendo de los titubeos iniciales del Renacimiento carolingio anucleado alrededor de Alcuino de York, no es posible dejar de lado el renacimiento humanístico del XII que será llevado a plenitud en el París del siglo XIII. Si el humanismo del XII, que tiene su centro en Chartres, es un humanismo donde, al lado de la presencia de SS. Padres, abundan presencias literarias de la antigüedad —Horacio, Cicerón, Virgilio e incluso el *ARS AMANDI* de Ovidio—, en el XIII, por el contrario, estaremos ante un humanismo de profundidades de pensamiento. No debe extrañarnos si tenemos en cuenta que en el campo de la filosofía el verdadero renacimiento como recuperación del pensamiento clásico filosófico, concretamente el pensamiento griego, tiene su momento cenital en el siglo XIII. Es entonces cuando, sin olvidar a Platón y a los neoplatónicos, se recupera prácticamente en su integridad a Aristóteles. Y es entonces cuando, sobre la pauta del Estagirita, la reflexión sobre el hombre adquiere empaque metafísico, profundidad moral, riqueza psicológica e incluso proyección política.

En el siglo XIII Aristóteles pasó de ser objeto de reiteradas condenas a convertirse en **praecursor Christi in naturalibus**, y es entonces cuando, con palabras que recoge Alberto Magno, se llega a afirmar **quod natura hunc hominem posuit quasi regulam veritatis** (Apud Ueberwegs, *DIE PATRISTISCHE UND SCHOLASTISCHE PHILOSOPHIE*. Basel/Stuttgart, 1958, p. 351). Alberto y Tomás cristianizan, no sin gran esfuerzo, a Aristóteles, estableciendo con ello un marco nuevo del filosofar donde la razón humana, si bien en ancillaridad a la fe, alcanza cotas en muchos aspectos no superadas, tanto en filosofía teórica como en la práctica. Sin la reelaboración que llevó a cabo la gran escolástica del XIII, Aristóteles

perdería quilates de su grandeza. No en vano pudo escribir Erasmo: **Nam quod Aristoteles hodie celebris est in scholis, non suis debet, sed Christianis: periisset et ille, nisi Christo fuisset admixtus** (Apud Cheny, *INTRODUCTION À L'ÉTUDE DE SAINT THOMAS D'AQUIN*. J. Vrin, París, 1954, p. 43).

Efectivamente, estamos ante la alianza entre Aristóteles y Cristo, es decir, en una alianza armónica entre la razón y la fe, plataforma desde la que santo Tomás pudo estructurar el humanismo teológico de que se nos va a hablar. ¿Que estamos ante un humanismo metafísico? Si a alguien le puede parecer esto una afirmación paradójica y hasta extravagante, acaso nos ayude a superarla el recurso a un autor poco sospechoso en este terreno. Nos referimos a Heidegger, quien, tras afirmar que «también el cristianismo es un humanismo», escribe: «Todo humanismo o se funda en una metafísica o se convierte a sí mismo en el fundamento de una metafísica... Por eso se muestra –precisamente en vista del modo en que es determinada la esencia del hombre– lo propio y característico de toda Metafísica en que es ‘humanista’. Por eso todo humanismo es y será metafísico» (M. Heidegger, *DOCTRINA DE LA VERDAD SEGÚN PLATÓN /y/ CARTA SOBRE EL HUMANISMO*. Trad. de W de Reyna. Univ. de Chile, 1953, p. 172).

El humanismo metafísico y teológico de santo Tomás es un humanismo que, al paso que, en reflexión abstractiva, estudia la esencia del hombre en cuanto todo hombre es hombre –es decir, la **humanitas**–, atiende también a cada hombre como realidad concreta, realidad en la que la humanidad se reviste de carne y de huesos, como se nos dice casi al comienzo de la I parte de la *SUMMA* (Q. 3, a. 3 c.). Se trata de un hombre en el que la creación no sólo pone una semejanza –**similitudo**– de Dios, sino que en él la semejanza se eleva a imagen, frente a todas las demás creaturas, que sólo son **vestigium Dei** (I, q. 9, a. 6 c.).

Dejemos ya la palabra al Padre Huerga. Llega cargado de amplios y profundos saberes. Los adquiere inicialmente en el largo **curriculum** de estudios dentro de la Orden de Predicadores. Los culmina con el doctorado en teología en el Angelicum. Los completa con preparación técnica en archivística, diplomática y paleografía, coronándolos en 1962 con el supremo título de “Maestro en Teología”. Desde entonces su actividad se reparte entre la docencia y la investigación. Imparte docencia de metafísica, de teología pastoral e historia de la espiritualidad —éstas dos últimas en el Angelicum—. Continuará sus enseñanzas como regente del **Studium Generale** de Granada, volviendo a Roma posteriormente para sustituir en la cátedra de Teología asceticomística al ilustre profesor Garrigou-Lagrange. Aparte de cursos en otras universidades, será **peritus** del episcopado español en el Vaticano II.

Investigador incansable, orienta su trabajo hacia temas histórico-doctrinales, básicamente orientados a problemas de historia de la espiritualidad española y de su propia orden religiosa. Recordemos su *HISTORIA DE LOS ALUMBRADOS* (5 vls.); *LA IMPLANTACIÓN DE LA IGLESIA EN EL NUEVO MUNDO*; *SAVONAROLA, REFORMADOR Y PROFETA*; *FRAY LUIS DE GRANADA, UNA VIDA AL SERVICIO DE LA IGLESIA Y LOS DOMINICOS EN ANDALUCÍA*. Y sigue en el empeño de la publicación de las obras completas de Fray Luis de Granada en una edición programada en 40 tomos.

Y quisiera terminar subrayando la importancia indiscutible de haberse centrado en temas de la espiritualidad española. En efecto, es importante señalar que los españoles somos uno de los pueblos que ha desarrollado un pensamiento menos secularizado, por lo menos hasta tiempos muy cercanos. Dice Alain Guy que el afán de centrarse sobre las grandes cuestiones de Dios y de la inmortalidad del alma es característica de los filósofos españoles. «pues todos ellos —aunque sean ateos notorios— se niegan a esquivar esos temas esenciales de la inquietud

humana, sin perjuicio de que cada uno les dé soluciones extremadamente opuestas» (A. Guy, *LOS FILÓSOFOS ESPAÑOLES DE AYER Y DE HOY*. Trad. de L. Echávarri. Losada, B. Aires, 1966, pgs. 293-294). En esa línea estaría la afirmación de Sánchez-Albornoz, al comentar la frase de san Juan de la Cruz: «un sólo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo». Dice así: «Dios y el hombre, he aquí los únicos polos de la atención aguda, tensa, dramática, excluyente, del **homo hispanus** tras el cortocircuito de la Modernidad» (C. Sánchez-Albornoz, España. *UN ENIGMA HISTÓRICO*. Ed. Sudamericana, II, 1972, p. 582). Salvo contadas excepciones, no hemos construido grandes sistemas teóricos, pero hemos hecho del hombre nuestro foco de atención. Así es desde el **homo res sacra homini** de Séneca hasta el hombre de carne y hueso de Unamuno desde el comienzo de su *DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA*.

De ahí que nos dispongamos a escuchar con acrecida atención a un metafísico teólogo y a un investigador de líneas medulares del más clásico pensamiento español, como es el Padre Huerga.

SERGIO RÁBADE ROMEO

*Catedrático de Metafísica y ex Rector  
de la Universidad San Pablo - CEU*



EL HUMANISMO TEOLÓGICO DE  
SANTO TOMÁS

POR

FRAY ÁLVARO HUERGA TERUEL O.P.

EL  
HUMANISMO  
TEOLÓGICO  
DE  
SANTO TOMÁS

I. EL TEMA

Vieja y siempre nueva, y sobre todo viva, es la pregunta: *¿Qué es el hombre?* En cualquier lugar y en cualquier tiempo, el hombre verdaderamente hombre, el hombre que se para en el camino de la vida a pensar y a introspeccionarse, levanta ante sí el arco de la interrogación: *¿Qué soy yo? ¿Qué es ser hombre?* Ese interrogante, al lado y a la zaga del otro mayor *¿Qué es Dios?*, lo ‘descubrieron’ los filósofos griegos<sup>1</sup> y lo ahondaron los herederos y usufructuadores de la cultura helena, los romanos, y le han seguido dando vueltas los pensadores de todas las épocas. De hecho, el tema del hombre se ha convertido en el caballo de batalla del pensamiento contemporáneo, y ha dado origen a lo que se denomina “humanismo” con todo lo que entraña y lo que en algún modo se refiere al hombre<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Cf. Rm 1. 18-23.

<sup>2</sup> Cf. J. FERRATER MORA, *Diccionario de filosofía*, t. II. Madrid. Alianza Editorial. 1980. p. 1566: voz “humanismo”.

Un personaje de la tragedia ANTÍGONA, de Sófocles, declama y proclama este hermoso axioma: «Muchas son las maravillas del mundo, mas ninguna tan maravillosa como el hombre»<sup>3</sup>. El hombre griego 'descubrió' que estaba ahí, en el mundo, al que llamará **Macrocosmos**, por contraposición al **Microcosmos**, que es precisamente él, el hombre. Pero, *¿qué es el hombre?* En el templo de Delfos, dedicado a Apolo, esculpieron la famosa e inquietante frase: *Hombre, concóctete a ti mismo*, que será el lema de Sócrates y el acicate de Platón y Aristóteles. El primer **humanismo**, si nos atenemos a los datos apuntados, fue el griego, y de Grecia lo tomaron y perfilaron los romanos, dándole dimensión cívica y jurídica. Un personaje de Terencio pronuncia otro axioma, en cierto modo nuevo, a saber: «Homo sum, humani nihil a me alienum puto»<sup>4</sup> (Soy hombre, y nada humano lo considero ajeno a mí). Ese axioma lo tomó Séneca, el cordobés, como principio animador de su estoico moralismo<sup>5</sup>.

Pero quizá ningún pensador vivió tan intensamente y tan hondamente la doble pregunta de Dios y el hombre como Agustín de Tagaste. En sus SOLILOQUIOS dialoga consigo mismo así:

«¿Qué quieres saber?  
- A Dios y al alma.  
¿Nada más?  
- ¡Nada más!»<sup>6</sup>

Partiendo de Aristóteles y de Agustín, Tomás de Aquino va a encarar también el problema del hombre desde doble perspectiva: la

---

<sup>3</sup> SÓFOCLES. *Antígona*.

<sup>4</sup> TERCENCIO. *Heaut.*

<sup>5</sup> Cf. L.A. SENECA. *Epístola* 95, 53.

<sup>6</sup> S. AGUSTÍN, *Soliloquiorum*, lib. I, cap. 23: PL 32, 872.

aristotélica o filosófica, y la agustiniana o teológica. A una y a otra les añadirá precisión y aun correctivos.

El tema, pues, de esta lección es la respuesta que Tomás de Aquino dio a la pregunta de marras: *¿qué es el hombre?* Y quisiera advertir que va a ser él, el “Doctor Santo” como le apellida Cisneros en las CONSTITUCIONES de la Universidad de Alcalá<sup>7</sup>, quien ‘leerá’ o explicará esta lección, representando yo el papel de expositor y glosador.

Desde mi punto de vista, el tema tiene sus motivaciones y aun sus paladinas intenciones: ante todo, la de celebrar la festividad de santo Tomás, a renglón seguido del solemne acto litúrgico, con un típico acto académico. Y, a esos dos motivos, se junta la actualidad del tema, siempre vivo y menestero de planteamientos y propuestas que iluminen algo las confusas teorías de los humanismos ateos y deshumanizadores. El Concilio Vaticano II ha desenmascarado, por así decirlo, las oscuras insidias de esos humanismos, y ha propuesto el sano y fertilizante humanismo cristiano<sup>8</sup>. No estará, por tanto, fuera de la ‘filosofía’ de esta joven Universidad, ni de su voluntad y compromiso de secundar las directrices del magisterio eclesiástico. Es una de sus constantes vitales. En fin, es también un digno modo de remozar las enseñanzas del Doctor Común de la Iglesia, que en este campo del humanismo, como en otros muchos, es un maestro seguro y un amigo ‘humano’.

Como todos saben, y no será pecado recordárselo a los que lo ignoran, fray Tomás de Aquino fue canonizado por Juan XXII en Aviñón el 14 de julio de 1323<sup>9</sup>, en una época en que pululaban peligrosas teorías

---

<sup>7</sup> Cf. A. HUERGA, “La teología en la Universidad de Alcalá (1508-1515)”, en: *Historia de la Iglesia*, de Fliche-Martin, ed. española, t. XVII, Valencia, Edicep, 1974, pp. 583-616.

<sup>8</sup> Cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Gaudium et Spes*, n° 12.

<sup>9</sup> Cf. A. WALZ, “Historia canonizationis s. Thomae”, en *Xenia thomistica*, vol. III, Roma, 1925, pp. 105-178.

eclesiológicas; y elevado al rango de Doctor de la Iglesia el 11 de abril de 1567 por san Pío V, a raíz de la clausura del Concilio de Trento<sup>10</sup>; y preconizado Patrono de las universidades y escuelas católicas el 4 de agosto de 1880 por León XIII, adalid de la renovación de las estructuras y de las ciencias eclesiásticas, inyectándoles savia tomista<sup>11</sup>; y declarado 'guía' de la formación intelectual filosófica y teológica de los estudiantes el 29 de junio de 1923 por Pío XI<sup>12</sup> y el 28 de octubre de 1965 por el Concilio Vaticano II<sup>13</sup>. Y en ocasión más cercana, el 13 de septiembre de 1980, Juan Pablo II lo heraldó **Doctor Humanitatis**<sup>14</sup>.

Concluyo, pues, esta sumaria introducción preliminar, y paso a exponer el tema, complejo y actualísimo<sup>15</sup>, del HUMANISMO TEOLÓGICO DE SANTO TOMÁS. La 'lección' va a seguir un esquema sencillo: primeramente presentaré a santo Tomás como teólogo; en un segundo lance, analizaré su doctrina sobre el hombre; y en tercera y última instancia, haré una glosa interlineal cotejando e ilustrando las ideas del humanismo tomasiano con las del Concilio Vaticano II y de Pablo V y Juan Pablo II.

---

<sup>10</sup> Cf. *Bullarium Ordinis Praedicatorum*, V, 155-157.

<sup>11</sup> "Nos, ad gloriam omnipotentis Dei et honorem Doctoris Angelici ad incrementa scientiarum et communem societatis humanae utilitatem, sanctum Thomam Doctorem Anglicum supra auctoritate Nostra Patronum declaramus Universitatum studiorum, Academicarum, Lyceorum, scholarum catholicarum, atque uti talem ab omnibus haberi, coli, atque observari volumus"; LEÓN XIII, Breve *Cum hoc sit*, 4 augusti 1880; *Acta Leonis XIII*, t. I, pp. 110-116.

<sup>12</sup> Cf. PIO XI, Encíclica *Studiorum duces*, 29 junii 1923; AAS 15, 1923, pp. 309-324.

<sup>13</sup> "Sancto Thoma Magistro": CONCILIO VATICANO II, Decreto *Optatam totius*, n° 16.

<sup>14</sup> Il "metodo realistico e storico, fondamentalmente ottimistico ed aperto, fa di san Tommaso non soltanto il **Doctor Communis Ecclesiae**, come lo chiama Paolo VI nella sua bella lettera **Lumen Ecclesiae**, ma il **Doctor Humanitatis**, perchè sempre pronto e disponibile a recepire i valori umani di tutte le culture": JUAN PABLO II, *Alocución al VIII Congreso tomístico*, 13 septiembre 1980; AAS 72, 1980, p. 1036.

<sup>15</sup> Una curiosa señal de ello: en el diario ABC del 19 de enero de este año, en la "tercera página", apareció un artículo de Francisco RODRÍGUEZ ADRADOS bajo el epígrafe "¿Qué es ser hombre?". A mi parecer, le quedó crudo.

## II. TOMÁS, TEÓLOGO

Santo Tomás fue teólogo por vocación y por profesión. Me atrevería a decir que por **hombre**, dándole a la palabra **hombre** plenitud conceptual. Teólogo, también, por gracia de Dios y por opción propia.

Dos momentos o períodos de su vida influyen en ello:

PRIMERO: SU INFANCIA EN MONTE CASINO. Tomás era el más pequeño de los siete hijos de los señores de Rocaseca (tuvieron también cinco hijas). Y como era frecuente entre las familias nobles de la Edad Media, sus padres lo llevaron al templo siendo muy niño, cinco o seis años. En su caso, el templo fue nada menos que la famosa abadía de Monte Casino, faro de la religiosidad y de la cultura europea, sito en la Campania. La intención o propósito de llevarlo allí no excluía, más bien a eso apuntaba, la posibilidad de futuro medro: que llegase incluso a ser abad. Con estos 'altos pensamientos' el infante dejó muy niño, cinco o seis años, el castillo de Rocaseca y se fue a vivir y a crecer en edad y en sabiduría a Monte Casino. Allí estuvo nueve años, en condición de **oblato**, que equivalía a 'aspirante' a monje benedictino. Es curioso que,

andando el tiempo, inserte en la *SUMMA THEOLOGIAE* un artículo sobre la personalidad y la legitimidad de los **oblato**s<sup>16</sup>. Es como un bajorrelieve autobiográfico. Naturalmente, a los oblatos se les daba una esmerada formación religiosa, a base, como es de cajón, de la regla de san Benito. Esto dejó huella en el oblato Tomás. A vista de ojos lo detectamos, por ejemplo, en el comentario, que también incluye en la *SUMMA THEOLOGIAE*, sobre los grados de humildad que san Benito distingue: santo Tomás los enumera, analiza y justifica<sup>17</sup>.

En la *REGLA* puso el genio práctico de san Benito una norma importantísima para el maestro de los novicios: que se cerciore si verdaderamente buscan a Dios («curiose intendat si revera Deum quaerit»)<sup>18</sup> o abriga intenciones de índole profana. Al oblato Tomás, en su interior, le obsesionó el anhelo de buscar a Dios, sí, pero antes quiso saber *qué era Dios*. Y le espetó al maestro, y quizá a otros monjes, la pregunta<sup>19</sup>. Según cuentan sus biógrafos, y es de suponer que así fuese, a los monjes les sorprendió la pregunta y no les fue fácil una respuesta cabal.

SEGUNDO: SU INGRESO EN LA ORDEN DOMINICANA. Las circunstancias le obligaron a dejar la abadía y se fue a cursar saberes en la universidad de Nápoles, recién fundada. Frisaba ya los 15 años de edad. Estudiando en Nápoles, conoció a los ‘frayles predicadores’, unos religiosos de hábito blanco y nuevo estilo, que profesaban pobreza y estudio.

---

<sup>16</sup> STh = *Summa theologiae*, II-II, q. 88, a. 9: “Utrum pueri possint voto se obligare ad religionis ingressum”.

<sup>17</sup> STh II-II, q. 161, a. 6: “Utrum convenienter distinguantur secundum Benedictum duodecim gradus humilitatis” (S. BENITO, *Regula*, cap. 7: PL. 66, 371).

<sup>18</sup> S. BENITO, *Regula*, cap. 58: PL. 66, 803.

<sup>19</sup> “(...) ad futuri profectus certum iudicium in aetate tam tenera (...). Deum adhuc nesciens, divinductus instinctu scire quaerebat”: Guillermo de TOCCO, *Historia b. Thomae de Aquino*, en: *Thomae Aquinatis vitae fontes praecipui*, ed. A. Ferrua. Alba. 1968, p. 35.

La regla de santo Domingo imponía también, como la de san Benito, buscar a Dios, y ‘hablar *con* Dios y *de* Dios’. Ese estilo de vida le encantó al adolescente Tomás de Aquino, y pidió el hábito de dominico, y siguió la profesión de ‘teólogo’, tan connatural a los nuevos religiosos, y de ‘predicador’, aunque los superiores le destinaron a la enseñanza. A la enseñanza, obviamente, de la teología. Se quedó, pues, en su querencia de infancia y de juventud y puso todo su empeño y su genio en resolver, en cuanto era posible, la gran pregunta: *¿qué es Dios?* En un recodo de la *SUMMA THEOLOGIAE* se le cayó un luminoso detalle autobiográfico: «cuando uno llega a maestro, es decir, a profesor, le viene bien que lea y estudie mucho más que cuando era alumno»<sup>20</sup>.

Por vocación y por profesión, y por genio y figura, el teólogo Tomás caviló con lúcido ahínco en el propio oficio, como suelen hacer los buenos oficiales. Fruto de esas cavilaciones será su obra *SUMMA THEOLOGIAE*, gigantesco Escorial del pensamiento humano sobre Dios. En el pórtico de la *SUMMA THEOLOGIAE* sitúa una atalaya o alta torre: la constitución fundamental de la faena del teólogo. Se trata de un remozado concepto de la teología, de fijar su necesidad y su carácter de «doctrina sagrada», su rango de ciencia, más aun, de «reina de todas las ciencias»<sup>21</sup>, de su objeto y su método, de su peculiar entronque en la fe y en la razón –fe divina, razón humana– y de sus **lugares** propios para argumentar. Distingue ya de entrada dos tipos de teología: la **teología ciencia** y la **teología vivencia**:

«Puesto que al sabio pertenece juzgar, la sabiduría (teológica) se toma en dos acepciones, correspondientes a dos maneras de juzgar. Una

---

<sup>20</sup> “Sicut discipulo, cum ad magisterium pervenerit (...), congruit tamen sibi quod legat et meditetur etiam magis quam ante”: *STh* II-II, q. 185, a. 8.

<sup>21</sup> *STh* I, q. 1, a. 5.



es cuando uno juzga movido por inclinación o instinto, y así el que tiene el hábito de la virtud juzga correctamente de cómo ha de practicarse la virtud.... Otra es por conocimiento, y así el perito en la ciencia moral puede juzgar de los actos virtuosos, aunque no posea la virtud. Pues bien, el primer modo de juzgar (o teologizar) corresponde a aquella sabiduría que se cuenta entre los dones del Espíritu Santo, de la que dice el Apóstol: 'El hombre espiritual lo juzga todo' (1 Co 2, 15); y asimismo Dionisio: 'Es docto Hieroteo no sólo porque sabe, sino, además, porque experimenta lo divino' (De divinis nominibus, 2, 3 9; PG 3, 648). El segundo modo se adquiere por el estudio, si bien tomando siempre sus principios de la revelación».<sup>22</sup>

El primero es, sin duda, el que poseen los santos, y también y en grado eminente el que poseyeron las santas, Teresa de Jesús y Catalina de Siena, "Doctoras de la Iglesia". Y el que poseyó santo Tomás, aunque de él no hace gala, ya que la SUMMA es manual de escuela, libro de texto para la clase, y sigue el rumbo de la **teología ciencia**.

Que tiene, como hemos visto, y como repite el teólogo Tomás, un objetivo o campo específico: «el principal intento es dar a conocer a Dios, y no sólo como es en sí mismo, sino también en cuanto es principio y fin de todas las cosas, principalmente de la criatura racional»<sup>23</sup>. Es decir, la teología abarca también al hombre y, por tanto, la SUMMA THEOLOGIAE es, sí, tratado o palabra sobre Dios, mas también tratado sobre el hombre. Es, a todas luces, **lección de humanismo**. En tan ancha

---

<sup>22</sup> STh I, q. 1, a. 6, ad 3.

<sup>23</sup> "Quia igitur principalis intentio huius sacrae doctrinae est Dei cognitionem tradere, et non solum secundum quod in se est, sed etiam secundum quod est principium rerum et finis earum, et specialiter RATIONALIS CREATURAE": STh I, q. 2, "prologus": cf. también q. 1, a. 7; y II-II, q. 81, a. 1: "Ipse (Deus) est cui principaliter alligari debemus tanquam indeficienti principio, ad quem etiam nostra electio assidue dirigi debet sicut ad ultimum finem."

medida, que cabría decir que, cuantitativamente, tres cuartas partes de la SUMMA THEOLOGIAE versan sobre el hombre, como se refleja en el programa o división tripartita: «en la empresa de exponer esta doctrina seguimos el siguiente orden: primero, trataremos de Dios (I P); después, del movimiento de la criatura racional hacia Dios (I-II y II-II P); y en tercer lugar, de Cristo, que, en cuanto hombre, es nuestro camino para ir a Dios»<sup>24</sup>.

El primer tratado o primera parte implica casi insalvables dificultades, y la pregunta *¿Qué es Dios?* no halla respuesta plena, sólo aproximación relativa. Santo Tomás, con el Pseudo-Dionisio y San Juan Damasceno, asevera que «de Dios no podemos saber *qué es*»<sup>25</sup>. Con todo, eso que logramos, no obstante su poquedad, vale y pesa más que todo lo que alcanzamos a saber por otras ciencias<sup>26</sup>.

Hay, además, un gran portillo abierto: «Si bien no podemos saber de Dios *qué cosa es*, sin embargo, para estudiar lo que en esta doctrina se dice de Dios, nos servimos de sus obras, ora de naturaleza, ora de gracia, en lugar de definición, lo que, por lo demás, se hace en algunas ciencias filosóficas, en las que, tomando los efectos como definición de

---

<sup>24</sup> STh I, q. 2, "prologus".

<sup>25</sup> Cf. STh I, q. 3, "prologus"; A. HUERGA, *Santo Tomás de Aquino, teólogo de la vida cristiana*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1974, pp. 18-23; "Dios, el incognoscible: Dios el innominable; La solución aquiniana".

<sup>26</sup> "Scientia quae est de Deo (...), aut solus Deus habet, aut si non sonus, ipse tamen maxime habet. Solus quidem habet secundum perfectam comprehensionem. Maxime vero habet, in quantum suo modo etiam ab hominibus habetur, licet ab eis non ut possessio habeatur, sed sicut aliquid ab eo mutuatum": *In Methaphysicam Aristelis commentaria*, ed. Cathala, Taurini, 1935, p. 22.

"Illud tamen quod ex ea habetur, PRAEponderat omnibus quae per alias scientias cognoscuntur": *Ib.*, p. 21.

las causas, se demuestra algo de la naturaleza de las causas por sus efectos»<sup>27</sup>.

Por ese portillo entra el teólogo Tomás, y nosotros con él. Fray Luis de Granada, tan sensible y encariñado con la lectura del libro de las criaturas, reconoce que «en la vida presente el hombre no puede ver a Dios cara a cara y por su rostro, como los ángeles lo ven en el cielo, mas podémoslo ver por las espaldas, que es en las cosas criadas»<sup>28</sup>.

El teólogo Tomás de Aquino, y su discípulo Luis de Granada, utilizan para 'definir' *qué es Dios*, las obras de Dios, tanto naturales, o sea, en el orden de la creación, como sobrenaturales, es decir, en el orden de la economía salvífica del hombre. Estamos, pues, ante una espléndida teología del hombre. Ante el genuino **humanismo** teológico.

---

<sup>27</sup> STh I, q. 1, a. 7 ad 1.

<sup>28</sup> Luis de GRANADA, *Obras completas*, t. XXI, Madrid, FUE, 1999, p. 241.

### III. TEOLOGÍA DEL HOMBRE

1. Dios es el creador del cielo y de la tierra<sup>29</sup>. La teología aquiniana contempla con ojos asombrados el **macrocosmos** o mundo mayor, obra exclusiva de Dios, pues la creación no se da en los productos de la naturaleza y del arte, ya que presuponen elementos previos. De ahí que el uso del sustantivo, **creación**, o del adjetivo, **creativo**, además de feo, sea impropio. Sólo Dios es creador<sup>30</sup>. Con este aquilatador aserto inicia el teólogo Tomás su exposición del OPUS CREATIONIS<sup>31</sup>. Al estudio del OPUS CREATIONIS sigue el análisis del OPUS DISTINCTIONIS de astros, elementos, criaturas<sup>32</sup>. Y a este, el OPUS ORNATUS o de embellecimiento<sup>33</sup>. Y añadirá aún, al cabo de la I PARS, algunas cuestiones sobre el OPUS CONSERVATIONIS ET GUBERNATIONIS<sup>34</sup>. ¡Estupendo tratado de ecología!, que toma muchas

---

<sup>29</sup> Gn 1. 1.

<sup>30</sup> Cf. STh I, q. 45, a. 5.

<sup>31</sup> Cf. STh I, qq. 45-116.

<sup>32</sup> Cf. STh I, qq. 47 y 66-74.

<sup>33</sup> Cf. STh I, q. 70, a. 1.

<sup>34</sup> Cf. STh I, qq. 103-105.

ideas de san Agustín, con quien mantiene un vivaz diálogo, y, como presentimos, las reordena en un primoroso esquema didáctico.

Se equivocaría, pues, quien imagine a Tomás abstraído, ensimismado y a solas con sus pensamientos. En realidad, es hombre con los ojos abiertos, que gusta leer el libro de la creación. Desde la colina de La Alhambra contemplaba fray Luis de Granada las ‘maravillas del mundo’, y las contó y cantó en la INTRODUCCIÓN DEL SÍMBOLO DE LA FE en páginas escritas en prosa, que son un delicioso «poema de la creación»<sup>35</sup>, sin par en las letras hispanas. ‘Imitaba’ en esto a santo Tomás, que señaló en la SUMMA THEOLOGIAE como «quinta vía» para demostrar la existencia de Dios la armónica marcha del universo<sup>36</sup> y aisló luego esas cuatro ‘obras’ o faenas del Creador en el cosmos, según acabo de apuntar. En la SUMMA THEOLOGIAE palpita un contenido gozo al contemplar y analizar el ‘mundo’. Pero estalla, por así decirlo, en otro escrito suyo, gemelo o paralelo, de epígrafe un tanto extraño, aunque de meollo o mensaje idéntico. Me refiero a la SUMMA CONTRA GENTILES. Nada menos que 101 capítulos –todo el libro IIº– dedica al análisis de “la creación y las creaturas”. Casi al inicio, en el capítulo dos, lo hallamos ‘extasiado’ contemplando las criaturas, y musitando las razones de la ‘necesidad’ de esa ‘meditación’ para «instruir a la fe humana» sobre el Creador:

*Primera*, porque en el cosmos **reluca** la sabiduría divina creadora, pues las obras de arte –y esta lo es– manifiestan la inteligencia del artista: los cielos, las nubes, los astros, la nieve, las aves, el agua, el

---

<sup>35</sup> Pedro SALINAS, “Prólogo” a: Luis de GRANADA, *Maravilla del mundo*, México, 1940, p. 15. Luis de GRANADA, *Canto a la naturaleza*, selección de U. Alonso, Granada, 1991; Pedro LAIN ENTRALGO, *La antropología en la obra de fray Luis de Granada*, Madrid, CSIC, 1946; A. HUERGA, “Nota crítica” a L. de GRANADA, *Introducción del símbolo de la fe I: Obras completas*, t. IX, Madrid, FUE, 1996, pp. 351-367.

<sup>36</sup> Cf. STh 1, q. 2, a. 3: “quinta vía”.

fuego... **cantan la gloria de Dios** <sup>37</sup>; *segunda*, porque esta meditación produce admiración del «poder altísimo de Dios» y engendra «reverencia en los corazones de los hombres»; *tercera*, enciende, además «a las almas de los hombres en el amor a la bondad divina, pues toda la bondad y perfección diseminada entre las criaturas se encuentra acumulada en el Creador»: «si la bondad, belleza y encanto de las criaturas cautiva tanto a las almas humanas, la bondad fontal del Creador, comparada inteligentemente con los arroyuelos de bondad que encontramos en la criaturas, inflamará y arrebatará hacia sí las almas de los hombres»; y *cuarta*, «por último, esta consideración comunica a los hombres cierta semejanza con la perfección divina, pues (...) instruye al hombre acerca de Dios, y por la luz de la revelación le hace conocer al Creador, efectuando en él una jubilosa semejanza con Dios, según lo dijo san Pablo: *Todos nosotros a cara descubierta contemplamos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en la misma imagen* (2 Co 3, 18)»<sup>38</sup>.

2. En la cosmovisión tomista las dos criaturas más admirables – en rigor, más divinas– son el **ángel** y el **hombre**. A mitad de camino en su tarea, el teólogo Tomás se detiene a estudiarlas con intenso interés. Sobre los ángeles escribe un tratado que es una filigrana de sutilísima contextura y pulcro fulgor ideológicos<sup>39</sup>. Por ese tratado se le apellidó **Doctor Angélico**. Por el tratado del hombre, que le sigue, cabría aureolarlo con el mote justo de **Doctor Humano**. Sin entrar ni salir, ni opinar al respecto, Tomás se sitúa en un plano filosófico primeramente para ‘definir’ lo que es el hombre, faena más asequible que la de ‘definir’ a Dios; y desde ese plano, puramente científico –o por más señas, metafísico–

---

<sup>37</sup> Salmo 18, 2.

<sup>38</sup> *Summa contra gentiles*, lib. II, cap. 2; ed. Madrid, BAC, 1952, pp. 376-378.

<sup>39</sup> STh I, qq. 50-64 y 106-114.

remonta el vuelo al plano estrictamente teológico. En el primer momento, da de lado a la teoría del platonismo, silencia otras, y se decide por la de Aristóteles. Es decir, por la hilemórfica, o sea, por la que propugna, con pies aplomados en el realismo, que el hombre es una criatura compuesta de alma y cuerpo. La pregunta, por tanto quicial, es: «Utrum anima sit homo, vel magis homo sit aliquid compositum ex anima et corpore» (Si el alma es el hombre, o si más bien el hombre es una criatura que consta de alma y cuerpo). La respuesta no titubea.

Así dice:

«De dos maneras puede entenderse que el alma sea el hombre. Una, que el hombre, en general, es el alma; pero que tal hombre, en particular, –por ejemplo, fulano– no es el alma, sino que es un compuesto de alma y cuerpo. Y digo esto, porque algunos supusieron que solo la forma era esencial a la especie, pero que la materia era parte del individuo y no de la especie. Lo cual es falso, porque a la naturaleza de la especie pertenece lo significado en la definición. Y la definición en las cosas naturales no significa solamente la forma, sino la forma y la materia. De donde se sigue que la materia es parte de la especie de las cosas naturales: no tal materia determinada, que es principio de individuación, sino la materia común. Pues así como es de la esencia de tal hombre determinado, que conste de tal alma y tales carnes y tales huesos, así es de la esencia del hombre, en general, que conste de alma, carne y huesos, puesto que debe pertenecer a la sustancia de la especie todo cuanto es común a la sustancia de todos los individuos contenidos bajo esa especie.

»De otra manera, puede también entenderse que el alma sea el hombre, en el sentido de que también esta alma es este hombre, y esto podría sostenerse en la hipótesis de que la operación del alma sensitiva fuese propia de ella misma sin el cuerpo, puesto que todas las operacio-

nes que se atribuyen al hombre convendrían al alma sola. Decimos que es una determinada cosa aquello que realiza las operaciones propias de esa cosa: por tanto, hombre es aquello que realiza las operaciones propias del hombre. Ahora bien, está demostrado que el sentir no es una operación sólo del alma. Así pues, si el sentir es una operación del hombre, aunque no propia, es evidente que el hombre no es solamente el alma, sino que es un compuesto de alma y cuerpo»<sup>40</sup>.

A renglón seguido clava un reñón de muerte a la teoría de Platón, que opinaba que el cuerpo no pasaba de ser a lo más un instrumento, y a lo menos la cárcel del alma<sup>41</sup>. Teoría que en cierto modo inficionó la literatura espiritualizante de antaño, pesimista respecto al cuerpo del hombre y a sus pasiones, y que, como vemos, el Doctor Angélico repudia, revalorizando al cuerpo humano como parte constitutiva del hombre, y, por lo mismo, bueno en sí y digno de honor como tal.

La respuesta a la pregunta *¿qué es el hombre?* es honda, estupenda, categórica. Quizá hartó metafísica. Pero ahí queda como un hito o piedra miliar del humanismo filosófico de santo Tomás. De él, como ya indiqué, remonta el vuelo al aire puro de la región teológica, apoyándose en Agustín, y argumentando y analizando los datos revelados, que en teología equivalen a principios.

3. La 'definición' revelada del hombre, superior a cualquier otra definición –la de Aristóteles o la de Kant, por poner algún ejemplo– es

---

<sup>40</sup> STh I, q. 75, a. 4. El tratado del hombre llena las qq. 75-102 y 117-119.

<sup>41</sup> Fray Luis de Granada, tomista a ciencia y conciencia, se encara con Platón, porque negaba "que una cosa tan baja como nuestro cuerpo fuese parte esencial del hombre, sino una casa donde el ánima moraba, o un candelero donde se ponía la candela encendida de nuestro entendimiento": L. de GRANADA, *Introducción del símbolo de la fe I*, ed. cit., p. 229. En realidad, dijo cosas más duras: que era la 'cárcel del alma'.



la que da el Génesis: el hombre es una criatura **HECHA A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS**<sup>42</sup>. El **humanismo teológico** de santo Tomás logra en la “quaestio 93” su núcleo de condensación y su diamante más refulgente. Si al definir al hombre en el plano filosófico repudió el animismo platónico para adoptar el hilemorfismo aristotélico, que dio por válido a pesar de estar pensado desde presupuestos ajenos al cristianismo, en el plano teológico trasciende a Aristóteles, lo eleva, lo **teologiza** y va de la mano de san Agustín. La doctrina teológica del hombre **imagen de Dios** es un ‘topos’ o lugar común en toda la literatura patristica, y, por tanto, no es una novedad agustiniana o tomista. Sin embargo, santo Tomás la reelabora y pulimenta. Un resumen de su pensamiento lo ofrece en el siguiente axioma: «el hombre, intensiva y colectivamente, es más perfecto que todo el universo, ya que dentro de sí encierra tan divino tesoro, que lo hace capaz del mismo Dios»<sup>43</sup>. Para entender tan deslumbrante y optimista aserto, hay que recurrir a los pasajes que lo explican y aquilatan<sup>44</sup>; y remito a ellos, para no alargar excesivamente el discurso. Quiero subrayar, sin embargo, la “importancia” de la hermenéutica tomista de la definición del hombre como **IMAGEN DE DIOS** en teología dogmática y su “trascendencia” para la vida espiritual cristiana, “pues es propio de la imagen tender naturalmente a conformarse con su prototipo o ejemplar; y por eso toda la II Parte” de la *SUMMA THEOLOGIAE* trata, en el proyecto del humanismo aquiniano, según ya apunté, del «*motus rationalis creaturae in Deum*», hasta llegar a la clara y beatificante visión del mismo Dios<sup>45</sup>.

---

<sup>42</sup> Gn 1, 26

<sup>43</sup> STh 1, q. 93, a. 2 ad 3.

<sup>44</sup> Cf. STh 1, 2. 93, aa. 3-4.

<sup>45</sup> Cf. M. CUERVO, “Introducción” a la q. 93, en STh, ed. española, t. III (2º), Madrid, 1959, p. 560.

4. Sólo en la criatura racional se da la semejanza de Dios como **imagen**; en las no racionales, como **vestigio** (pisada, huella)<sup>46</sup>. Pero la imagen de que estamos hablando –el hombre– tiene dos aspectos: el entitativo y el dinámico. Lo que significa que es una imagen **in fieri**, que se está haciendo, que debe hacerse o realizarse, que es una imagen en marcha. Y de este asunto se ocupa santo Tomás a lo largo y a lo ancho y a lo profundo de la II Parte de la *SUMMA THEOLOGIAE*, tan vasta que suele subdividirse en I-II<sup>ac</sup> y II-II<sup>ac</sup>, ya que contiene un total de 303 cuestiones (114+189 respectivamente).

Con poquísimas palabras nos introduce santo Tomás al bosque de las 303 cuestiones: «Según el Damasceno, se dice que el hombre está hecho a imagen de Dios en cuanto que la imagen significa 'un ser intelectual, con libre albedrío y potestad propia' (S. Juan Damasceno, *DE FIDE ORTODOXA*, II, 12; PG 95, 920). Por eso, después de haber tratado del ejemplar, o sea, de Dios, y de las cosas que la omnipotencia divina creó según su voluntad, vamos a estudiar su imagen, que es el hombre, en cuanto es principio de sus obras y está dotado de libre albedrío y señorío de sus actos»<sup>47</sup>.

El prologuillo es la clave para acometer inteligentemente la lectura de la antropología teológica de Aquinas y como el pistoletazo de salida para recorrer la inmensa o maratoniiana etapa. La realización de la tarea perfecta de la **imagen** es posible por un triple agente: el dinamismo personal del hombre, la observancia de la ley y la fuerza de la gracia divina. Agustiniamente, santo Tomás afirma que Dios instruye al hombre por medio de los preceptos de la ley, de lo que realiza dentro del

---

<sup>46</sup> "In sola creatura rationali invenitur similitudo Dei per modum imaginis; in aliis autem creaturis, per modum vestigii": STh I, q. 93, a. 6.

<sup>47</sup> STh I-II, "prologus".

hombre por medio de la gracia<sup>48</sup>. La responsabilidad personal queda a salvo –y la colaboración y el mérito– al establecer como elemento básico el señorío que el hombre posee de sus actos ‘humanos’ (los que realiza libremente, conscientemente, voluntariamente).

Por la gracia divina el hombre es elevado al orden sobrenatural, renace a nueva vida, se “deiformiza”<sup>49</sup>. La gracia es un don, una ‘gracia’, que transforma al hombre. Basta leer las páginas en que santo Tomás habla de la gracia para percatarse del gozo y de la emoción que siente. Ese gozo y esa emoción afloraron ya en su *SCRIPTUM SUPER SENTENTIIS*, donde dejó clavada, audaz y autobiográficamente, dos sentencias que son el exponente máximo de su optimismo cristiano: una, que el hombre es un ser en frontera y en marcha<sup>50</sup>; otra, que elevado a vida sobrenatural, por la gracia, es una nueva criatura, una criatura recreada, un... ¡**SUPER-HOMBRE!**<sup>51</sup>

5. El **humanismo teológico**, ya lo hemos visto, nos presenta la vida y el quehacer del hombre cristiano como un ‘movimiento’ o viaje –**homo viator**– a una meta. **Exitus** (salida u origen) y **reditus** (vuelta), constituyen el **terminus a quo** y el **terminus ad quem**, los dos polos, el principio y el fin: Dios. Para realizar ese viaje el hombre cuenta con un camino: Cristo, **Dios** hecho **hombre**. La III Parte de la *SUMMA THEOLOGIAE*, según anunció Tomás, trata precisamente de ese camino vivo,

---

<sup>48</sup> “Illud quod Deus in nobis facit per gratiam, instruit per legis praecepta”: *STH* II-II, q. 44, a. 8.

<sup>49</sup> Cf. A. HUERGA, “Límites del amor deificante”, en: *Acti Congresso Intern. tomista*, t. IV, Napoli, 1977, pp. 500-510.

<sup>50</sup> Cf. A. HUERGA, “La antropología mística del Doctor Angélico”, *Studies in Spirituality* (Nijmegen), 1, 1991, pp. 57-73.

<sup>51</sup> “In quantum homines per caritatem deiformes efficiuntur, sic suprahomines sunt”: *Scriptum super sententiis*, III, d. 27, q. 2, a. 1 ad 9 (ed. Moos, III, p. 875).

de ese camino luminoso: De Cristo, Dios hecho hombre, que, en cuanto hombre, «*via est nobis tendendi in Deum*»<sup>52</sup>. Lo repite, con perfiles más concretos, al prologar la III Parte:

«Nuestro Salvador y Señor Jesucristo, como testificó el ángel de la Anunciación (Mt 1, 21), liberando a su pueblo de sus pecados, se nos mostró como camino de la verdad (“**viam veritatis in seipso nobis demonstravit**”) por la que podemos llegar a la resurrección y a la bienaventuranza de la vida inmortal».

El teólogo declara su propósito de cerrar todo el negocio teológico («*ad consummationem totius theologici negotii*») con una acendrada y devota exposición del misterio de la Encarnación del Verbo, es decir, del misterio de Dios hecho hombre para salvarnos, y de todo lo que hizo para ello («**acta et passa**»)<sup>53</sup>.

Con resoluta firmeza propugna que la ‘razón’ o motivo de la Encarnación fue liberar al hombre del pecado<sup>54</sup>. Modernamente ha hecho mucho ruido una llamada **teología de la liberación** con raíces y matices ‘marxistas’. Santo Tomás propone también una **teología de la liberación**, pero coherente con el testimonio del ángel, no con las teorías sociológicas de Marx y de los mentados liberacionistas<sup>55</sup>. Liberación del pecado, que es la gran traba, la gran obstrucción o estorbo paralizador del caminar del hombre a Dios. Cristo se proclama a sí mismo como **camino**, como **verdad**, como **vida** de los hombres<sup>56</sup>. Cristo es el Salva-

---

<sup>52</sup> STh I, q. 2, “prologus”.

<sup>53</sup> STh III, “prologus”.

<sup>54</sup> Cf. STh III, q. 1, a. 3.

<sup>55</sup> Cf. A. HUERGA, “La redenzione come liberazione dell’uomo”, *Renovatio* (Genova) 8, 1973, pp. 345-358; ID. “Redenzione e speranza”, *ib.* 9, 1974, pp. 179-188.

<sup>56</sup> Jn 14, 6.

dor, el Libertador del hombre<sup>57</sup>. Un camino real, divino y humano a la vez, un camino crucificado y resucitado. Por la Encarnación Dios se ha acercado tanto al hombre que se ha hecho igual a él menos en el pecado. La humanidad de Cristo, dice y repite santo Tomás con los Padres Griegos, es 'instrumento' de la divinidad<sup>58</sup>.

El teólogo no consumó el plan del 'negocio teológico', pues no redactó lo relativo a la meta, es decir, las prometidas cuestiones sobre la bienaventuranza<sup>59</sup>. A cierto punto de su vida, confesó que no podía, ni quería, escribir más. Tenía prisa no por escribir, sino por llegar a la meta. Y murió, a la edad jubilar de los 50 años, en Fossa Nova, el 7 de marzo de 1274. Iba de camino al concilio de Lyon. Cambió el rumbo y enfiló el del cielo, que tanto anhelaba. La *SUMMA THEOLOGIAE* quedó inconclusa, inacabada, imperfecta. La pérdida o laguna no es del todo irreparable, ya que en las primeras jornadas dedicadas al despliegue de la imagen dinámica pergeñó un calibrado esbozo del constitutivo de la bienaventuranza formal:

«La última y perfecta felicidad, escribe, no puede estar sino en la visión de la divina esencia; y para probarlo, debemos fijarnos en dos razones: PRIMERA, el hombre no es perfectamente feliz mientras le resta algo que desear y buscar; SEGUNDA, la perfección de cualquier potencia depende de alcanzar su objeto.

---

<sup>57</sup> Cf. STh III, q. 49 ("De effectibus passionis Christi").

<sup>58</sup> Cf. STh III, q. 8, a. 1 ad 1: "eius humanitas instrumentum fuit divinitatis eius"; cf. M. CUERVO, "introducción" a la q. 26 de la III P: ed. española, t. XI, Madrid, BAC, 1960, pp. 923-927. M. Cuervo pone de relieve que esta idea es "central" en su Cristología, y que la recibió "de los padres griegos"; y agavilla una antología de textos "esparcidos por todo el tratado del Verbo encarnado y otras obras suyas" para que el estudioso capte con exactitud el pensamiento de santo Tomás en un asunto tan importante.

<sup>59</sup> Cf. STh III, "prologus".

»Ahora bien, el objeto del entendimiento es *lo que es*, es decir, la esencia de la cosa, por lo que en tanto alcanza el entendimiento su perfección en cuanto conoce la esencia de la cosa. Por consiguiente, si un entendimiento conoce la esencia de algún efecto, mas no puede percibir por él la esencia de la causa y conocer de ella *lo que es*, no cabe afirmar entonces que tal entendimiento conoció pura y totalmente, aunque por medio del conocimiento del efecto haya conocido que la causa **existe**. Y, por tanto, le queda, naturalmente, al hombre, cuando conoce un efecto y sabe que tiene causa, el deseo natural de saber también *qué es* la causa, un deseo interrogante y provocador de investigación, como dice Aristóteles en los primeros compases de la METAFÍSICA. Por ejemplo, cuando uno ve un eclipse del sol, infiere que tiene una causa, la cual desconoce, y por eso se alerta, e indaga hasta llegar, si puede, a conocerla. Así, pues, el entendimiento humano, al conocer la esencia de algún efecto creado, no conoce de Dios sino su **existencia**, y le queda vivo el anhelo o deseo natural de inquirir dicha causa, y mientras no lo logre no será plenamente feliz. En conclusión, para la perfecta bienaventuranza o felicidad se requiere que el entendimiento llegue a conocer la esencia misma de la Primera Causa, y de este modo obtendrá su perfección por la unión con Dios, su objeto o meta, en el que consiste la felicidad o bienaventuranza del hombre (“in quo solo beatitudo hominis consistit”)<sup>60</sup>.

---

<sup>60</sup> I-II, q. 3, a. 8. Cf. *Supplementum*, q. 69.

Sobre el tema de la ‘bienaventuranza formal’ publicó J. M. RAMÍREZ una obra maestra: *De hominis beatitudine*, t. III, Madrid, 1947.

#### IV. GLOSA FINAL

Pablo VI encaró, con mirada clarividente y rebosante firmeza, el reto de los **humanismos ateos**, contrastándolos con el **humanismo cristiano** promulgado por el Concilio Vaticano II: «La Iglesia del Concilio –dijo, al clausurarlo, el 7 de diciembre de 1965– se ha ocupado mucho (...) del hombre tal cual hoy en realidad se presenta: del hombre vivo, del hombre enteramente ocupado de sí, del hombre que no sólo se hace el centro de todo su interés, sino que se atreve a llamarse principio y razón de toda realidad. Todo el hombre fenoménico, es decir, cubierto con las vestiduras de sus innumerables apariencias, se ha levantado ante la asamblea de los padres conciliares, también ellos hombres; (...) el hombre trágico en sus propios dramas, el hombre superhombre de ayer y de hoy, y, por lo mismo, frágil y falso, egoísta y feroz; luego, el hombre descontento de sí, que ríe y que llora; el hombre versátil, siempre dispuesto a declamar cualquier papel; y el hombre rígido, que cultiva solamente la realidad científica; el hombre tal cual es, que piensa, que ama, que trabaja, que está siempre a la expectativa de algo, el **filius accrescens** (Gn 49, 22); el hombre sagrado por la inocencia de su infancia, por el misterio de su pobreza, por la piedad de su dolor; el hombre individua-

lista y el hombre social; el hombre 'laudator temporis acti' (que alaba los tiempos pasados) y el hombre que sueña en el porvenir: el hombre pecador y el hombre santo.

»El **humanismo laico y profano** ha aparecido, finalmente, en toda su terrible estatura y, en cierto sentido, ha desafiado al Concilio. La religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión –porque tal es– del hombre que se hace Dios. ¿Qué ha sucedido? ¿Un choque, una lucha, una condenación? Podía haberse dado, pero no se produjo. (...) Una simpatía inmensa lo ha penetrado todo. El descubrimiento de las necesidades humanas –y son tanto mayores cuanto más grande se hace el hijo de la tierra– ha absorbido la atención de nuestro sínodo. Vosotros, humanistas modernos, que renunciáis a la trascendencia de las cosas supremas, conferidle siquiera este mérito y reconoced nuestro nuevo humanismo: también nosotros –y más que nadie– somos promotores del hombre»<sup>61</sup>.

Con este vibrante exhorto ponía Pablo VI un broche de oro a la promulgación de la GAUDIUM ET SPES. En efecto, la GETS rezuma por todos sus poros **humanismo cristiano**, atisba los problemas e inquietudes del hombre contemporáneo, y recorre, un pie tras otro, los puntos álgidos y brinda los antidotos oportunos.

La Iglesia, sensible a los gozos y esperanzas del hombre de nuestro tiempo, y preocupada por sus problemas, no esquivó el examen de las respuestas –varias y aun contradictorias– que el hombre ha dado a la pregunta radical del humanismo: ¿qué es el hombre? (**Quid est autem**

---

<sup>61</sup> PABLO VI. *El valor religioso del Concilio*. Alocución en la Basílica Vaticana en la sesión de clausura del Concilio Vaticano II, 7 diciembre 1965: CONCILIO VATICANO II. *Constituciones. Decretos. Declaraciones. Documentos Pontificios complementarios*, Madrid, BAC, 1965, p. 816.



**homo?**). Y frente a las teorías que lo exaltan o lo desesperan –es decir, los **humanismos ateos**–, propone la doctrina básica del **humanismo cristiano**, es decir, lo que “la Iglesia piensa del hombre”. En apretado resumen, cinco son las tesis o palancas axiomáticas:

1ª. El hombre ha sido creado a imagen de Dios, con capacidad para conocer y amar a su Creador (GETS, 12).

2ª. El hombre constitutivamente consta de cuerpo y alma, y en «la unidad de un cuerpo y un alma, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material» (= **microcosmos**) y señor de él por su espíritu, dotado de potencias operativas superiores (inteligencia y voluntad) (GETS, 14).

3ª. «La vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, divina» (GETS, 22), es decir, Dios, principio y destino del hombre (GETS 3).

4ª. «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (GetS 22), es decir, en Cristo, Dios hecho hombre.

5ª. El Creador otorgó al hombre la dignidad de persona y una serie de derechos universales, indivisibles e inalienables: el derecho a la vida, el derecho a la libertad, el derecho a la cultura, etc., etc.

No hay que ser lince para percatarse de la armónica coincidencia de estos postulados o principios –de esta tesis– con las líneas de fuerza del **humanismo teológico** de santo Tomás, que he procurado exponer. Por contrapartida, tampoco hay que ser lince para hacer un diagnóstico de mal pronóstico de los aires que corren y de las realidades o situaciones de nuestro tiempo, que en verdad no propician, y menos aún practican, los postulados de ese **humanismo**. El Papa Juan Pablo II ha puesto recientemente su palabra en la llaga, insistiendo en la importancia y en la necesidad del respeto de los derechos humanos, bombardeados y

vulnerados desde tantos frentes en las postrimerías del segundo milenio. «La historia contemporánea ha evidenciado de manera trágica el peligro que comporta el olvido de la verdad sobre la persona humana. Están a la vista los frutos de ideologías como el marxismo, el nazismo y el fascismo, así como también los mitos de la superioridad racial, del nacionalismo y del particularismo étnico. No menos perniciosos, aunque no siempre tan vistosos, son los efectos del consumismo materialista, en el cual la exaltación del individuo y la satisfacción egocéntrica de las aspiraciones personales se convierten en el objetivo de la vida»<sup>62</sup>.

Juan Pablo II sufrió en su propia carne los zarpaos de la guerra, y, lamentándolo, alude al penoso balance negativo del siglo que está feneciendo: dos guerras mundiales.

También se refiere, alabándolo, al balance positivo, en el que destaca la **Declaración de los Derechos Humanos**, el 1 de enero de este año cumplió 50 años. Con todo, le nota un fallo o laguna: «el contexto político de la posguerra no permitió a los autores de la **Declaración** dotar a ésta de una base antropológica y de referencias morales explícitas»<sup>63</sup>.

Esperemos que en el nuevo milenio el hombre viva y trabaje por un mundo mejor, en el que los **derechos humanos** se respeten, y el **humanismo teológico** le ayude en esa primordial tarea.

---

<sup>62</sup> JUAN PABLO II, *Mensaje para la celebración de la jornada mundial de la paz*, Vaticano, 8 de diciembre de 1998: *Ecclesia*, número 2925, 26 diciembre 1998, pp. 20-225, texto citado, p. 20.

<sup>63</sup> JUAN PABLO II, *Carta al Sr. Didier Operti Badan, presidente de la LII Asamblea de la ONU, con ocasión del 50º aniversario de la 'Declaración de los Derechos Humanos'*, Vaticano, 30 de noviembre de 1998: *ibid.*, p. 27.

Y, para concluir, volvamos los ojos a nuestro patrono, musitándole el verso de la DIVINA COMEDIA:

**«Tu se' lo mio maestro e il mio autore»<sup>64</sup>.**

Madrid, 28 de enero de 1999.

---

<sup>64</sup> Dante ALIGHIERI. *Divina commedia: Inferno*, l. 85.

PALABRAS DE CLAUSURA

=====

JOSE T. RAGA

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD SAN PABLO - CEI

## PALABRAS DE CLAUSURA

LA UNIVERSIDAD SAN PABLO ANTE LA FESTIVIDAD  
DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Sean mis primeras palabras de agradecimiento al Excelentísimo Señor Canciller de la Universidad y a los miembros de los patronatos de la Fundación Universitaria San Pablo (C.E.U.) y de la Universidad San Pablo-CEU, así como a los directores de la Fundación y muy en especial, al Señor Director General de la misma por acompañarnos en este acto, dando relieve institucional y refrendando nuestra vocación universitaria, en una festividad tan nuestra, tan de la familia universitaria, por la que nuestra Universidad se siente una comunidad y como tal, muestra su vocación de entrega al servicio de la sociedad.

Mi agradecimiento también al claustro académico, al personal de administración y servicios, a los alumnos y a cuantos sintiéndose unidos en nuestra intimidad familiar, han dejado atrás las oportunidades que de ordinario brinda un día de descanso, para festejar, como universitarios católicos, al Doctor Angélico, reafirmando así nuestra doble condición.

Mi agradecimiento a quienes con el deseo de estar aquí, se han visto privados de ello, por salud o por ocupaciones ineludibles y que

dieron cumplida justificación a su ausencia. Y mi comprensión en fin, para quienes, ausentes, lo son por anteponer el desánimo, la pereza, o la simple alternativa lúdica de un pasatiempo efímero a la vivencia grande en pensamiento y grande en testimonio comunitario que se deduce de una Universidad, nuestra Universidad, unida en homenaje al santo aquinate y en reflexión de su doctrina.

Mi agradecimiento y reconocimiento más explícito a Su Excelencia Reverendísima Monseñor Fidel Herráez Vega que, terminada la Eucaristía, ha tenido que dar cumplimiento a sus obligaciones pastorales. Me consta su dificultad en encontrar espacio para atender las múltiples llamadas reclamando su presencia y atención, por ello, valoro doblemente su acompañamiento y sus palabras en la misa que ha precedido a este acto académico. A través del él, deseo hacer llegar a Su Eminencia Reverendísima el Señor Cardenal Arzobispo de Madrid, el testimonio de cordialidad y reconocimiento a su persona y de fidelidad a la Iglesia diocesana y con ella a la Sede de Pedro, de esta comunidad universitaria que siempre se siente favorecida y animada con su palabra.

Al tiempo de mi agradecimiento a Monseñor Herráez, mi deseo de que sus palabras y reflexiones hayan penetrado en tierra fértil y seamos capaces de aceptar y dar adecuada respuesta a esa llamada al compromiso que a todos nos ha hecho vibrar al escuchar su homilía. Un compromiso a iluminar con nuestra palabra y nuestro testimonio a una juventud y a una sociedad que está sedienta de «Verdad». Un testimonio desde la autenticidad, que hará nuestra consagración al saber y a su difusión más eficaz al servicio de la dignidad de la persona humana.

Mi agradecimiento de todo corazón al Profesor Doctor Don Sergio Rábade Romeo, que solícito, como es su estilo, aceptó de buen gusto pronunciar las palabras de presentación del Padre Huerga, nuestro conferenciante de hoy. Mi encargo, hace unos días, se reducía a «unas

palabras de presentación». Las que acabamos de escuchar, bien es que el presentado lo merecía, han sido una excelente y brillante lección de la que todos los aquí presentes nos hemos beneficiado, regocijado y deleitado. Por otro lado, conociendo ya desde muchos años al Profesor Rábade y privilegiándome de su amistad, lo sorprendente habría sido lo contrario.

Mi agradecimiento finalmente, aunque no por ello de menor grado, a Fray Álvaro Huerga, en primer lugar por su generosa disponibilidad. Aunque ya conocía por referencias de amigos comunes, de cómo este don adornaba su persona, me vi halagado y sobrecogido cuando a mi invitación -él estaba en Puerto Rico- su respuesta, afirmativa y ausente de titubeos, se produjo al instante. Y en segundo término, mi agradecimiento al que va unida mi felicitación por esta lección magistral que acaba de pronunciar, en la que ha hecho gala de conocimiento profundo, método magistral y oratoria elocuente que haciendo honor a la orden de Predicadores, es capaz de apelar e impregnar al menos dispuesto.

Todo ello desde un esquema de conmovedora sencillez: teología ciencia y teología vivencia. Un «iter» que nos conduce al conocimiento de Dios a través de las obras de Dios. Una apelación a esta comunidad universitaria a la coherencia entre palabras y obras, entre manifestaciones verbales y testimonios de la acción. Lo otro, en definitiva, ya tiene su calificativo en las Escrituras: lobos con piel de cordero o sepulcros blanqueados.

Quien busca y difunde la «Verdad» desarrolla una labor apostólica que de eficaz se torna en necia y escandalosa cuando se quiebra esa coherencia. Esta Universidad, Padre Huerga, que hoy se siente halagada y obsequiada con vuestra presencia y vuestra palabra, en este día en el que muy especialmente se siente tomista y siempre paulina, tiene asumido el compromiso, al que estimulara en sus palabras Monseñor Herráez

y que nos habéis con gran profusión descrito, de forma tan hondamente arraigado, que los que deliberadamente lo rechazan o lo marginan, se diría que se autoexcluyen de la gran familia que formamos la Universidad San Pablo-CEU.

Así las cosas, y en la festividad de santo Tomás de Aquino, cabe preguntarse acerca del sentido de esta celebración. En definitiva, qué significa, para la Universidad San Pablo-CEU, la existencia de un santo patrón, o lo que es lo mismo, qué pretendía S.S. León XIII cuando en la Encíclica «Aeterne Patris», un 4 de agosto de 1879, al proclamar al santo de Aquino, patrono de las escuelas católicas.

Ante todo, es una apelación al claustro universitario y a las autoridades académicas, a la reflexión desde nuestro diario quehacer y ante la luz y ejemplo que observamos en el Doctor Angélico. En ello quisiera destacar, a modo de pinceladas, algunas notas que considero de extraordinario interés para el día de hoy.

En primer lugar, nuestra Universidad, ante el hijo de la orden dominicana, tiene que brillar por su sentido profundo de **comunidad**. Una comunidad de personas que lo es, no sólo por este carácter, sino por su tarea común en la formación de universitarios para el mejor servicio a la sociedad y al saber. Una comunidad de personas que frente a la discordia típica de las comunidades de bienes, se caracteriza por el amor, la concordia, la comprensión, la tolerancia, el perdón y la mutua potenciación.

Una comunidad llamada y afanada en la **búsqueda de la verdad**: esa verdad que es razón de ser de la propia existencia humana y en la que se enmarcan las verdades científicas en sus campos específicos. Una verdad a la que se avanza a través de la investigación que, con su relevancia, no pasa de ser un medio para el ejercicio de nuestra función



universitaria. Una investigación que servirá a la sociedad, directamente a través de los adelantos científicos -lo cual no es patrimonio exclusivo de la Universidad-, e indirectamente, dotando a los investigadores de conocimientos y saberes de vanguardia para, en la docencia, volcarlos, entregarlos con generosidad a los alumnos para que puedan desempeñar con mayores garantías las diferentes tareas llamadas a engrandecer a la humanidad. Esta función es el verdadero patrimonio de la Universidad y de nuestra Universidad San Pablo.

Pues bien, también en esta tarea hay que mirar como guía a santo Tomás. El tomismo se distingue por la aportación de un riguroso espíritu científico. Espíritu científico, en el santo, que no puede verse empañado por la grandeza y magnanimidad de sus múltiples virtudes.

Santo Tomás fue un místico de elevadas luces y un poeta de sensibilidad y delicadeza extremas, sin embargo, cuando el aquinate hace ciencia, en su sentido estricto, parece olvidarse de los movimientos impulsados por el sentimiento y de la belleza de las rimas literarias, para adoptar un método riguroso y preciso que es el que le puede garantizar el proceso investigador y conducirlo a resultados verdaderamente científicos.

Un buen ejemplo, para una comunidad que se sabe universitaria y, como tal, responsable de la tarea de creación y difusión del saber, al tiempo que de la formación de la juventud.

Ante nuestro santo Patrón y en la tarea que tenemos encomendada, presentamos hoy, con toda humildad, nuestros defectos y nuestras carencias, pero junto a ellos, nuestra voluntad más firme de superarlos en esa voluntad de **mejora constante**.

Somos conscientes que la Universidad, como el resto del mundo, como las personas, cada uno de nosotros, tenemos un largo camino a recorrer hacia la perfección. Ello supone estar en constante alerta, en revisión permanente para avanzar cada día en el acercamiento pretendido. ¿Cómo hacerlo?

Santo Tomás conocía bien que «natura non facit saltum», por ello, sin alboroto, sin perturbaciones ruidosas, silenciosamente, llevó a cabo, sin ninguna duda, una de las mayores revoluciones doctrinales de la historia. No usó para ello poder terreno alguno, ni privilegios, sólo el estudio sosegado, la reflexión rigurosa y la libertad responsable para proclamar la luz que brotaba del interior de su propio ser.

Renunciando a actitudes revolucionarias que mucho destruyen y poco edifican, y desde la limpieza y rigor de su trabajo, ausente de toda arrogancia, transformó una Escolástica falsamente tradicional, ajena y hermética a toda idea de progreso, en una Escolástica viva, fecunda, en la que, estudiadas, trabajadas, meditadas y asimiladas, introduce las más variadas aportaciones filosóficas de Aristóteles, de los neoplatónicos, de los musulmanes, de los judíos,...

Y es que santo Tomás se siente un ser **libre y como tal responsable**, por tanto ni pertenece de forma restrictiva, excluyente y exclusiva a ninguna escuela, ni se sujeta a nadie en una relación de dependencia esterilizante del pensamiento.

Hombre de probada fe, de todo el ámbito del conocimiento toma lo que le parece conveniente para su construcción integral y globalizadora. Por ello, en su aportación, se funden platonismo, aristotelismo, plotinismo y agustinismo, siendo tal la asimilación de sus caracteres y tan grande

el sello que imprime su rigurosa personalidad, que resulta imposible, las más de las veces, distinguir en la fusión los perfiles de sus componentes.

Todo ello sólo es posible con el ejemplo tomista de la **universalidad del conocimiento**. Carácter omnicomprensivo que contrasta con la enfermiza especialización de la Universidad de hoy. Una Universidad que parece refugiarse en las microcélulas del saber para así encontrar indulgencia al desconocimiento; un desconocimiento que lo es hasta de la propia función del saber como servidor a los fines de la persona humana. Una especialización que, en el límite, fracciona el conocimiento hasta invalidarlo en su función formativa por incapacidad de integración en una síntesis ordenada y armónica de los saberes.

También aquí, la Universidad y nuestra Universidad San Pablo debe mirar al santo como el gran **arquitecto del pensamiento**, para de él recibir ejemplo que nos conduzca a la ordenación sistemática de los diversos saberes en un conjunto único. En él, cada elemento ocupa el lugar que le corresponde y su encaje es un virtuoso artesonado en el que cada uno encuentra apoyo en el precedente y sirve de sostén al consecuente.

Ese rigor y armonía en la construcción, es lo que distingue a santo Tomás sobre todos los escolásticos. Rigor y armonía que deberían presidir nuestras tareas universitarias, diseños de planes de estudio -que sólo tienen sentido en la medida en que sean integradores para una formación armónica de nuestros estudiantes-, preparación docente y preferencias en la misma, centradas en la configuración de ese ser llamado a servir a la sociedad, a una sociedad universal de la que fue buen ejemplo santo Tomás de Aquino.

París, Colonia, Italia,... conocieron su obra, combinación magistral de máxima sobriedad y suma sencillez.

En su obra se aprecia una robustez sin igual en la construcción científica que combina de forma inimaginable con una gran simplificación y elegancia. Ello era un fiel reflejo de su propio carácter que siendo de una inusitada energía para la verdad, se presentaba al mismo tiempo con una inocencia y bondad angélicas. Su predicación llegaba a los corazones sin precisar de instrumentos teatrales. Como han visto ustedes hoy en el Padre Huerga, también santo Tomás se manifestaba sin necesidad de usar ademanes, incluso sin utilizar enfáticas inflexiones de voz.

Lejos del **dogmatismo anatematizante**, aunque la verdad de nuestro entendimiento se basa en su adecuación al objeto, santo Tomás era consciente de la no plena adecuación, porque «quidquid recipitur, recipitur ad modum recipientis». Esta afirmación, en un ya lejano siglo XIII, contrasta con posiciones universitarias de hoy en las que la arrogancia de algunos les hacen excluir a otros del ámbito de la reflexión constructiva por considerarse los primeros en posición de la verdad, una verdad que, por contra, se siente efímera y por ello no susceptible de falsación y contrastación.

Es más, en aceptar o rechazar opiniones, tesis, proyectos docentes o de investigación, no debe el hombre, diría santo Tomás, dejarse llevar por el amor o el odio, sino atenerse a la certeza. Una certeza alejada de los instrumentos que utilizan aquellos que profesan y ejercen la voluntad de imperio en función de una autoridad dativa y por tanto, dependiente.

Santo Tomás va más lejos y llegará a decir, con máxima generosidad, que hay que amar a quienes profesan opiniones erróneas, ya que nos ayudaron y estimularon a conocer la verdad. Humildad extraordinaria que unida a su gran sentido de la caridad para con todos, se hace evidente desde la meticulosa corrección de sus manuscritos, hasta la

alerta constante sobre su propio pensamiento y en su caso su posible corrección.

Siempre estuvo el santo de Aquino dispuesto y abierto a la opinión ajena no laudatoria. Su interés en este campo era promover la crítica pero en el lugar adecuado, el lugar en el que pudiera ser fruto de reflexión y enriquecimiento. En «DE UNITATE INTELLECTUS CONTRA AVERROISTAS», lanza un reto de máxima actualidad para la Universidad de nuestros días: «Si alguno hinchado de una falsa ciencia pretende oponerse a nuestros asertos, que no ande por los rincones comentando y discutiendo con niños, incapaces de juzgar en cosas tan arduas; que impugne si se atreve este escrito».

Rincones, niños incapaces de juzgar, pasillos, rumores, críticas fuera de lugar y de tiempo y siempre cuidando que no esté presente aquel que pudiera dar cumplida respuesta a las objeciones o críticas. Se dirá que santo Tomás ya conocía una de las características más generalizadas de la Universidad de hoy en la que, aun en foros científicos, a los médicos se les habla de filosofía y a los filósofos de medicina.

Hoy y en esta celebración, se impone una profunda reflexión sobre lo que es y debe ser nuestra Universidad y sobre el papel que cada uno debemos jugar en el proyecto. No podemos eludir que una Universidad buena es la que cumple con garantía el fin social que tiene asignado. Nuestra Universidad, con don Ángel Herrera, tiene que ser, ante todo, Universidad.

Para ello, con santo Tomás, precisamos de constante alerta, voluntad de mejorar cada día, humildad frente a la arrogancia para descubrir las carencias, dedicación y esfuerzo generoso. Ello se resumiría para cada uno de nosotros, en palabras del Eclesiástico, en «mantente en tu quehacer y conságrate a él, en tu tarea envejece».

Pidiendo ayuda a Dios por intercesión de santo Tomás de Aquino para que nos sitúe en el centro equilibrado del trípode que ha expuesto el Padre Huerga: hombre responsable de su libre albedrío, orden en las relaciones en el seno social, y Dios cooperando en la obra de su Creación, con la confianza de ser escuchados, estoy convencido que nuestra Universidad se acercará cada vez más a ese referente en el que creemos y por el que actuamos, y que nos permitirá en su día felicitarnos como hoy yo ya os anticipo en nuestra festividad.

Muchas gracias.

JOSÉ T. RAGA

*Rector de la Universidad San Pablo-CEU*